

Jerusalén sólo existe en plural

MEIR MARGALIT

Resumen

Jerusalén es por sobre todo una anomalía urbana. La ocupación de la parte palestina es una aberración que atraviesa a la ciudad como una herida insondable. La matriz de poder y las relaciones biopolíticas de dominio y dependencia que se han generado desde 1967, hacen de Jerusalén un volcán siempre al borde del estallido. El sistema imperante es incompatible con las exigencias mínimas de un régimen democrático y de un espacio decente. En el mejor de los casos se trata de una “etnocracia” una democracia exclusiva para israelíes y ajena a la minoría palestina. Comprender la realidad jerosolimitana es imprescindible para conocer el trayecto y porvenir del conflicto árabe-israelí.

Palabras claves: ocupación; palestinos; segregación; legitimidad; luchas de poder

Abstract

Jerusalem is, above all, an urban anomaly. The occupation of the Palestinian part is an aberration that cuts through the city like an unfathomable wound. The power matrix and the bio-political relations of dominance and dependency that have emerged since 1967 make Jerusalem a volcano always on the brink of eruption. The prevailing system is incompatible with the minimal requirements of a democratic regime and a decent space. In the best case, it's an “ethnocracy” - an exclusive democracy for Israelis, alienating the Palestinian minority. Understanding the reality of Jerusalem is essential to grasp the trajectory and future of the Arab-Israeli conflict.

Key words: occupation; Palestinians; segregation; legitimacy; power struggles

Introducción

En esta oportunidad me ocuparé de trabajar en torno a un *case study* específico, la ciudad de Jerusalén. La relevancia de estudiar esta ciudad trasciende el análisis concreto de la urbe. Es que Jerusalén es el microcosmo del conflicto árabe-israelí, y por ende, condensa la esencia de todos los conflictos de Oriente Medio.

Jerusalén, al igual que Belfast, Nicosia, Sarajevo, Mostar o Beirut, puede considerarse una de las ciudades más conflictivas del planeta (Calame & Charlesworth, 2009). La historia de Jerusalén probablemente pueda pensarse como la más feroz del mundo, sostiene Rashid Khalidi (2000) mientras que Scott Bollens señala que “más que una ciudad, Jerusalén es un campo de batalla” (2018; 100). Fragmentada por barreras étnicas, religiosas, nacionales, socioeconómicas, culturales, lingüísticas, identitarias, psicológicas, por falta de denominador común entre su población, por la disparidad de sus componentes, por la ausencia de acuerdos mínimos, por la inexistencia de algún tipo de cemento-social que unifique a sus partes, más que “ciudad”, Jerusalén debería ser definida como una “no-ciudad”.

Si el sistema llamado “ciudad”, por imaginario que sea, requiere un mínimo de coherencia, de vínculos sociales y un denominador común, Jerusalén no cumple con ninguno de estos requisitos. Por el contrario, en un espacio reducido de 124 Km², habitado por un millón de habitantes, 60% de ellos israelíes y 40% palestinos, rivalizan dos sistemas culturales mutuamente incompatibles y enajenados: el israelí y el palestino, y la combinación de estas dos sustancias químicas, comprimidas en un mismo espacio territorial, conforma la fórmula infalible para una gran reacción explosiva.

Tres factores son indispensables para constituir un sistema de vida social, escribe Jerome Bruner, “significados comunes, conceptos comunes y modalidades compartidas de comunicación que permitan conciliar malentendidos y salvar diferencias de interpretación” (1990; 13). Ninguna de estas condiciones se da en Jerusalén. Por el contrario, a pesar de que para judíos y musulmanes se trata de una “ciudad santa”, cada pueblo traduce aquella santidad de forma diferente: la santidad bíblica que le confieren sus habitantes judíos es opuesta a la santidad coránica que le confieren sus habitantes musulmanes.

Dos narrativas incompatibles separan sus partes, así como Abraham e Ibrahím se niegan mutuamente a pesar de ser una misma figura. Dicha rivalidad no es para nada trivial: quien detenta el derecho de hablar en nombre de Jerusalén, se constituye automáticamente en “lugarteniente” del propio Dios. Es por ello que Jerusalén funciona como espacio de intromisión coercitiva, tal vez técnicamente democrática pero abusiva e inmoral, y es en base a esta convicción que este texto encomienda ferientemente la división de la ciudad en dos entidades nacionales: una parte israelí y otra palestina.

Este capítulo parte de la base de que el marco general en el que se encuadra la situación en Jerusalén Oriental es “la ocupación”. Al igual que una cicatriz profunda que deja una marca indeleble en el cuerpo, la ocupación atraviesa Jerusalén como una herida insondable. Ella constituye su realidad fundante, su matriz constitutiva, el síntoma de toda su miseria. No hay un “afuera” del capitalismo y de la modernidad, escribe Walter Mignolo (2009); tampoco hay un afuera de la ocupación. Toda la cotidianidad se inscribe dentro de la ocupación, nada escapa a ella; es un fenómeno total, envolvente, impregna todo lo que la rodea y se filtra en los recovecos más estrechos de la cotidianidad. Por más “liberal” que el ocupante pretenda ser, este sistema no conoce términos medios: no se puede ser “ocupante a medias”, así como tampoco existe pueblo al que pueda calificarse “medio ocupado” o “dos tercios ocupado”.

Esta cotidianidad se articula a través de un sinfín de tejes y manejes que, a la larga, conforman una “biopolítica” asfixiante que cobra cuerpo a través de regulaciones, ordenanzas, prácticas, medidas, presupuestos, servicios, limitaciones urbanísticas y demás atributos municipales. Si bien cada

uno de estos elementos por separado puede parecer inofensivo, la combinación de todos ellos conforma un mecanismo de dominación civil no menos aplastante que el militar. Toda la realidad cotidiana jerosolimitana, la palestina y la israelí por iguales, está constituida por la ocupación, y ello significa estar marcada por el signo de lo negativo, de lo destructivo, del “antagonismo”, en el sentido que Ernesto Laclau (2005) le da a este concepto: la ocupación crea sus propias crisis para profundizar su control, así como el capitalismo crea sus propias crisis financieras para maximizar sus ganancias.

Si bien la indigencia en Jerusalén Oriental tiene múltiples progenitores y no depende exclusivamente de tal o cual régimen político, no es menos cierto que la ocupación agudiza este fenómeno y le imprime un carácter aplastante; bajo su peso, el palestino vive doblemente atrapado dentro de un régimen que fomenta la miseria. La situación del palestino no es casual o fortuita, sino el correlato de una forma específica de gobierno, que funciona y cobra cuerpo, acorde a lineamientos enfocados en mantener a la población palestina sometida.

La ley internacional es clara y concisa en este punto: Jerusalén Oriental fue conquistada en junio de 1967 y su estatus no ha cambiado a pesar de las declaraciones escandalosas del gobierno israelí. Pero más allá de lo estipulado por la ley internacional, lo que marca sobre todo la presencia omnipotente de la ocupación es el orden hegemónico, jerárquico, etnocéntrico, imperante en la ciudad, sus relaciones de poder, la matriz de control, el sistema de clasificación social. Desde esta perspectiva, Jerusalén comparte con la tradicional ciudad colonial de principios del siglo XX las mismas características operativas del sistema imperialista, el cual de hecho estaba conformada por dos espacios, dos sistemas de vida y dos temporalidades radicalmente diferentes. Podemos identificar las mismas relaciones bio-políticas de dominio y dependencia, los modos en que se organizan los dispositivos de poder, así como la tajante polarización entre la fuerza ocupadora y el pueblo ocupado.

Lejos de ser una formación acabada y monolítica, la ocupación es un proceso dinámico, que cambia incesantemente sus procedimientos y presenta una morfología un tanto escurridiza. No se trata de una estructura estática que una vez instaurada se mantiene inamovible. A pesar de mantener una base fija y continua, su práctica cambia constantemente, por lo cual debemos estar sumamente atentos a sus mutaciones circunstanciales. En nada se asemeja su textura en épocas relativamente tranquilas (y efectivamente las hay), a su articulación en agitadas épocas de crisis.

En los dos últimos decenios, gracias a los cambios en las políticas de Derechos Humanos, impuestos por el gobierno del ex presidente norteamericano Barack Obama, la ocupación ha mantenido un carácter mesurado. Podríamos enmarcar este estilo dentro de un modelo “neo-colonizador”, el cual se distingue justamente por reconocer que en la era mediática -que se estila denominar “la era de la transparencia” o “accountability”- discriminar se hace mucho más complicado. Esto último es una consecuencia de limitaciones normativas y vinculantes, derivadas del derecho internacional y de valores del internacionalismo liberal, que todo gobierno debe progresivamente acatar o al menos respetar en alguna medida. Por ello, no todo atropello es factible u ocurre sin un costo político y simbólico prospectivo.

El gobernante neo-colonial ha tomado conciencia de que la ocupación no debe practicarse sola y exclusivamente a través de métodos de coerción, y que el “colonizador” no tiene por qué encarnar el prototipo del opresor detestable. Por el contrario, es más rentable y eficaz ejercer el poder a través de políticas benevolentes. Pero este modelo “civilizado” no es ajeno al destino de toda ocupación: a lo sumo, lo postergará.

Las olas de violencia que estallan esporádicamente exhiben la cruda realidad en la que está sumergida la ciudad y demuestran que la tranquilidad es solo aparente. Así como la esencia real de la ley se manifiesta en sus excepciones extremas, tal como escribe Agamben (1998), la ocupación se muestra en sus manifestaciones violentas. Dichos levantamientos refrescan la memoria de quien había olvidado que Jerusalén vive una situación patológica y que la ocupación es una neurosis social que

puede estar eventualmente compensada, controlada, pero que tarde o temprano se desencadenará violentamente por obra de un sinfín de estímulos imposible de predecir, y es entonces cuando resalta su esencia real.

Una anomalía urbana

Por su estructura básica, Jerusalén constituye una “anomalía urbana”, en la cual la autoridad, cualquiera sea el gobernador de turno, descansa en el poder, pero carece de legitimidad. Entonces, gobierne quien gobierne, judío israelí o árabe palestino, carecerá automática e indefectiblemente de legitimidad a los ojos de la otra mitad de la población, independientemente de lo que haga o deje de hacer. “Legitimidad” es un concepto central para captar la imposibilidad de Jerusalén de ser “ciudad”. La legitimidad en el orden público es un factor constitutivo, que requiere de un grado de reconocimiento que va mucho más allá de la potestad formal que otorgan los resultados electorales. Este componente es crucial, dado que de él depende la posibilidad de todo marco social de constituirse en democracia (Held, 2007).

Desde todo punto de vista que se examine, Jerusalén es incompatible con las exigencias de una ciudad democrática debido a la falta de un componente básico e inherente a todo sistema democrático: la “representatividad”. Los palestinos de Jerusalén, a pesar de constituir más de un tercio de la población total de la ciudad, carecen de representación en el Concejo Municipal. Si bien no hay ningún impedimento formal para votar o ser votados, el hecho de haber optado históricamente por boicotear el proceso electoral, por considerarlo una farsa o, peor aún, una forma simbólica de legitimar la ocupación, no transforma al régimen jerosolimitano en representativo ni mucho menos en “democrático”.

Es por ello que el sistema gubernamental en Jerusalén, lejos de merecerse el título “democracia”, representa un típico caso de “etnocracia”, o sea, democracia-exclusiva-para-israelíes, que nada tiene que ver con “democracia” en el sentido amplio de la palabra. El precio que la ciudad pagará por mantener esta estructura “unificada” es sumamente alto, pues, la democracia, sostiene Michel Onfray (2011), es aquello que cuando falta, conduce tarde o temprano a la decadencia.

Ante la falta de legitimidad y representatividad, la única forma de gobernar Jerusalén es a través de técnicas de coerción estatal. De ahí que la ciudad carezca de vitalidad propia; sin policía, no existe, se desintegra. Ernest Renán enunció un aforismo que se ajusta perfectamente al caso jerosolimitano, “la esencia de una nación depende de que todos los individuos tengan mucho en común así como también de la capacidad de todos sus individuos de olvidar muchas cosas” (2014; 21). Jerusalén está poblada por individuos que tienen poco en común y excesiva memoria. Sus habitantes carecen de un núcleo organizador, de aquello que el propio Renán (2014) denomina “*una voluntad común*” que sea más potente que sus diferencias étnicas o culturales, de “*una razón de ser*” que conduzca hacia un objetivo compartido.

Como si esto fuera poco, ninguno de ellos es capaces de olvidar sus agravios, cada cual se aferra tenazmente a sus rencores más mezquinos. La fina y sarcástica definición de Avishai Margalit de lo que para él es una “nación”, encaja adecuadamente con el modelo jerosolimitano: “nación es una colección de gente que odian a sus vecinos y comparten una fantasía común respecto a sus orígenes étnicos” (1996; 169). Todo este cúmulo de antagonismos, de fuerzas centrífugas, imposibilita la construcción de una epistemología urbana, de un marco conceptual que nos permita entender Jerusalén, percibir su idiosincrasia, imaginar su geografía y explicar su comportamiento. Tal vez dicha pretensión no sea más que un señuelo, ya que en una ciudad hecha de fragmentos, lo máximo a lo que podemos aspirar es conocer alguno de sus segmentos, partículas, porciones, piezas desparramadas, pero nunca el conjunto de todos ellos. Con este punto de partida, Jerusalén no puede ser más que una “no-ciudad”.

Con una mirada “complaciente”, o tal vez “indulgente”, en lugar de negar su condición de ciudad deberíamos definirla usando el plural, “ciudades”, ya que cada una de las subculturas que la conforman podrían y deberían ser entidades urbanas independientes. El sólo formalismo administrativo que la mantiene “unificada” por decreto unilateral desde junio de 1967 no le otorga más legitimidad que la que podría acreditar un decreto municipal que declarase a la ciudad, “mágica, enigmática o santa”, menos aun cuando no hay país en el mundo que avale tal “unificación”.

El término “ciudades” en plural, no sólo refleja su conformación social, sino también, la esencia etimológica que encierra el nombre de la ciudad, ya que el término hebreo *Yerushalaim*, así como el árabe *Ursalim*, son formaciones lingüísticas plurales, cuya traducción exacta a lenguas latinas debería ser “*Jerusalenes*”. Dicho vocablo, en plural, es más pertinente y refleja mejor la idiosincrasia de la ciudad que el vocablo Jerusalén en su forma singular, ya que efectivamente la ciudad está compuesta por tres partes, cada una de las cuales es a la vez única, distinta, particular y también parte de un todo, de un rompecabezas en el que cada pieza tiene vida propia, pero sólo en su conjunto alcanza su máxima expresión. Jerusalén sólo existe en plural.

No se trata sólo de la falta de “denominador común” lo que le impide a Jerusalén constituirse en “ciudad”, sino también de la carencia de un pasado y un futuro común. Una ciudad se constituye, entre otras cosas, por “momentos biográficos previos y aún aquellos lugares todavía no habitados, pero en los cuales sus habitantes imaginan estar en algún momento” o por la confluencia de lo que Edward Soja denomina “los espacios percibidos, los espacios concebidos y los espacios vividos” (2008; 41). Para que la institución denominada “ciudad” tenga alguna base sobre la cual constituirse, deben generarse conexiones espontáneas entre sus distintas dimensiones, “entre cada aquí y ahora, con otros aquí y allí vividos previamente, e incluso con otros aquí en los cuales se proyecta e imagina estar” (Soja, 2008; 41). En Jerusalén estas tres dimensiones se niegan mutuamente.

El pasado fluye por canales distintos; israelíes y palestinos arrastran historias provenientes de dos vertientes incongruentes, habitan dos memorias urbanas desvinculadas, inconexas, superpuestas en un mismo espacio pero hostiles entre sí. En Jerusalén dos narrativas luchan por imponer su versión, o tal vez más que implantar la propia, negar la del vecino. También el futuro en Jerusalén se proyecta por caminos diferentes, apunta hacia devenires contradictorios donde judíos y árabes transitan caminos que conducen a modelos urbanos distintos e incompatibles.

En un mismo espacio territorial compiten dos proyectos antagónicos que, en nombre de su pureza étnica, nacional o religiosa reclaman exclusividad y niegan la legitimidad del vecino. Apegados a sus pasados mitológicos y atormentados por un presente inseguro y un futuro incierto, los fantasmas de la ciudad maniobran escrupulosamente, en movimiento de pinza, cierran los flancos, y ganan terreno configurando un perfil urbano espeso, asfixiante. Espacios “historizados”, contaminados por dosis excesivas de historia, engendran presentes dudosos y futuros inciertos. De esta forma se van consolidando zonas urbanas de confrontación, espacios cargados de resentimiento, abusos e insensatez donde predomina el reino del más fuerte. Es por ello que la Jerusalén actual, la “unificada” bajo gobierno israelí, más allá de sus pretensiones omnipotentes, carece de los atributos indispensables para justificar el título de “ciudad”.

Si bien toda formación social contempla cierto grado de hostilidad entre sus componentes, Jerusalén excede esos grados de hostilidad soportable, encarna la ajenidad cruda, el antagonismo crispado, la de-socialización de sus habitantes, un espacio biopolítico de deshumanización, de enclaves segmentados, guetos excluidos y discontinuos. De esta “no-ciudad”, en la que cada uno de sus comunidades alega pertenencia exclusiva, hermética, unilateral negando la del vecino, en la que prevalece el sin-sentido, la sin-razón y la sinvergüenza, no puede surgir nada positivo. Lo máximo que puede constituirse es en una Esparta del Oriente Medio, saturada de violencia física o simbólica, en la cual la vida pasa a ser no mucho más confortable que una pesadilla.

Un laboratorio de segregación urbana

Para mantener una ocupación es necesario montar un aparato administrativo-policíaco-judicial, sofisticado y ramificado, capaz de desplegar enérgicos y eficaces mecanismos de dominio y represión: en otras palabras, un modelo totalitario. Dicho aparato, omnipotente y omnipresente, requiere un despliegue de técnicas, intervenciones y prácticas invasivas destinadas a sostener y maximizar su dominio. Dicho dispositivo se articula, tal como lo explicara Michel Foucault (2007), a través de un sistema intrincado de control, sumamente sofisticado, que pasa por canales finos, invisibles y está diseminado por un sinfín de agentes de poder, “micropoderes”, que controlan todo a través de mecanismos panópticos, procedimientos de alta tecnología que funcionan en cadena, se ejercitan en red, transitan a través de conductos sutiles ampliamente ramificados.

Esta labor abrumadora es orquestada por una cadena mancomunada de funcionarios distribuidos a lo largo de cada uno de los servicios públicos que funcionan en Jerusalén Oriental, desde el Ministerio de Interior, hasta las oficinas de seguro social, pasando por la asistencia médica, la policía, y dentro de esta extensa red institucional, la Municipalidad ocupa un lugar privilegiado, debido al papel central que ella desempeña en la conformación de la cotidianidad.

La fórmula imprescindible para lograr dicho objetivo consiste en apuntar no sólo a los cuerpos y las tierras, sino, dejar una marca indeleble en las conciencias palestinas, apropiarse del espacio simbólico, desplegar un aparato cognitivo y afectivo aplastante, borrar el investimento político de sus vidas, debilitar, agobiar y degradar toda esperanza emancipadora, implantar una identidad desprotegida, persuadirlos de que no existe alternativa alguna, que lo que hay es la única realidad posible. En otras palabras, castrarlos.

Técnicamente hablando, la ciudad “funciona”, o sea, el aparato burocrático llamado “municipalidad” otorga servicios públicos a sus “usuarios”. Pero la “ciudad” es mucho más que los funcionarios que la componen o los servicios municipales que suministra. Ciudad es sobre todo la suma de sus habitantes, de sus relaciones sociales, de los valores e identificaciones que comparten, de la solidaridad, respeto, participación, convivencia que en ella se desarrollan, así como también sus contingencias, sinsabores y todo aquello que Robert Park (1999) incluye dentro del concepto clave de “ecología humana”.

En Jerusalén, nada de ello existe. Ambas comunidades ni siquiera comparten un espacio urbano común: murallas invisibles, insondables, dividen la ciudad en barrios israelíes y árabes que se evitan mutuamente. Cualquiera de estas dos comunidades que pretendiera residir en barrios ajenos, ya sea una familia judía que intente mudarse a un barrio árabe o una familia árabe que quisiera residir en un barrio judío, son percibidos como una amenaza al orden comunitario, una intromisión foránea, *casus belli*. El modelo de desplazamiento intracomunitario, por ejemplo, absolutamente anormal, está marcado por lo que Harvey (1973) denomina “una territorialidad forzada”.

Los israelíes evitan transitar barrios árabes, salvo los talleres mecánicos en Wadi Joz donde las reparaciones serán más baratas, o a excepción de los colonos derechistas que invaden provocativamente los barrios árabes. Los palestinos, por el contrario, se desplazan con más soltura por zonas israelíes a pesar de humillantes procedimientos de control y de más de una insinuación ofensiva de transeúntes. Pero al observar atentamente sus trayectos, veremos que se trata en un modelo de “movilidad restringida”, atentos a todo movimiento extraño que pueda aparecer en el derredor, tratando de no llamar la atención, “como si únicamente pudieran desplazarse a lo largo de un esforzado anonimato” (Zambra, 2011; 46).

Los dilemas inherentes a la movilidad palestina en la parte occidental de la ciudad son tan insólitos que difícilmente podrían darse en alguna ciudad civilizada: es así que el hijo de un amigo que fuera

brutalmente golpeado por un grupo de matones israelíes me cuenta, enyesado y vendado, que mientras volvía del trabajo, en la zona de Musrara que divide ambas partes de la ciudad, pudo advertir que un grupo de jóvenes israelíes seguían sus pasos y, de pronto, estando a pocos metros de distancia, se abalanzaron sobre él gritando “terrorista-terrorista”. Podía haber corrido y tal vez escapado de ellos, pero a unos cien metros alcanzó a ver a una patrulla de policías y sus instintos le ordenaron detenerse. Cuando le preguntamos por qué actuó de esa manera, su respuesta nos dejó anonadados: “si corro”, nos explicó, “la policía dispara antes de preguntar qué sucede, si me detengo, los matones me rompen los huesos. Preferí que me rompan los huesos antes de que me maten”.

Es así que en la Jerusalén “unificada” casi no se encuentran espacios compartidos por los dos pueblos: la ciudad es un laboratorio de segregación urbana. Desde el sistema educativo, en el cual árabes y judíos estudian en escuelas separadas, en idiomas distintos y en base a un currículo escolar diferente, hasta el sistema económico en el cual, a pesar del uso de una misma moneda, funcionan dos economías desconectadas, ambos pueblos viven en órbitas paralelas. Hay “roce”, pero muy poco contacto e interacción. La enajenación invade cada recodo, dando lugar a “prácticas de evitación”, y de “denegación social” destinadas a esquivar la presencia perturbadora del Otro, prácticas que acrecientan recelos y estereotipos.

Es por ello que, tal como lo he ya remarcado, la única forma de gobernar Jerusalén es a través del uso de fuerza y coerción, y el único modelo de gobierno posible, más allá de sus desmesuradas pretensiones democráticas, será siempre autoritario y policíaco. Allí donde falta justicia, el vacío lo llenan procedimientos, sanciones, una burocracia meticulosa, reglas destinadas a imponer y satisfacer aspiraciones nacionales más que necesidades humanas. En otras palabras, la ciudad no existe para sus habitantes, sino para satisfacer luchas de poder.

Aclaremos que un régimen de estas características no es imposible de mantener, en particular, si se lo introduce dentro de la lógica de la “gestión de conflictos”, o sea, dentro de un modelo que no pretende solucionar problemas sino manejarlos, administrarlos. Intereses circunstanciales (generalmente de orden económico) podrían preservar el *status quo* durante un periodo determinado, más aún dada la notable capacidad de adaptación que los palestinos de Jerusalén oriental han demostrado a lo largo del tiempo. Regímenes de esta índole pueden gestionarse a través de dos tecnologías de poder: de forma “medida” y otra agresiva.

En la práctica, ambos formatos actúan conjuntamente, se retroalimentan mutuamente, aunque por momentos pueda prevalecer un estilo sobre el otro. Sin embargo, aunque sea aplicado con guantes de seda, una estructura de esta índole es destructiva, y agobiante, y a la larga está condenada a colapsar. Un sinfín de conflictos, evidentes o disimulados, imposibles de aplacar, convierten a Jerusalén en un polvorín o tal vez un volcán siempre a punto de estallar, siempre a un paso de la próxima intifada. Desmond Morris (1969) advierte en su clásico estudio *El Zoo Humano*, que la historia de imperios basados en las armas, nos ha demostrado que “se puede dominar mucho a muchos y durante mucho tiempo”, pero a la larga estos imperios se desmoronan, puesto que “dada su deformada estructura social, sus días están contados” (1970; 11).

Los escollos no devienen sólo de prácticas municipales, sino también de turbulencias y contingencias desatadas en Cisjordania o la franja de Gaza, que aunque nada tengan que ver con el quehacer jerosolimitano, influyen en el clima general de la ciudad. Cada muerto en Nablus, Jenin o Qalquilia repercute en Jerusalén oriental, resuena en sus calles, y conlleva un efecto destructivo que supera los esfuerzos realizados por el aparato municipal por mantener el orden y la calma.

Evitar la próxima intifada es un cometido que excede la capacidad de sus dirigentes, imposible de predecir dada la cantidad de factores exógenos que influyen y escapan al control local. Un gobierno “decente”, sensato, medido, al constatar el precio que implica mantener dicha estructura, debería preguntarse: ¿para qué empeñarse en perpetuar un modelo urbano destructivo? Tal vez la única

respuesta posible a esta angustiante pregunta la redactó Borges en una triste frase que describe fehacientemente el destino de Jerusalén, “quizás sus pobres vidas rudimentarias no poseían otro bien que su odio y por ello lo fueron acumulando. Sin sospecharlo, cada uno de los dos se convirtió en esclavo del otro” (1995; 103). En síntesis, parafraseando a Freud (2002), podríamos agregar que una sociedad de esta índole, en la cual son tantos los nudos conflictivos, no puede perdurar a lo largo del tiempo y, si pudiera, ¡no se lo merece!

La combinación de factores explosivos

El modelo jerosolimitano es la versión local de la larga historia de dominadores y dominados, colonizadores y colonizados que ha empobrecido la humanidad desde tiempos inmemoriales. Efectivamente no se trata de un caso singular. Pero lo que hace al fenómeno jerosolimitano harto problemático es la combinación de factores conflictivos de alto poder explosivo. La combinación de heterogeneidad, diversidad cultural, étnica, religiosa, pobreza y alta densidad urbana, todo ello dentro de un marco de ocupación y opresión, imposibilita toda integración social, y es así que cada comunidad tiende a aferrarse a sus propios odios, avivando sentimientos agresivos contra aquellos que identifica como la fuente de sus pesares.

En estas circunstancias el modelo de la “Jerusalén unificada” no tiene ninguna posibilidad de prosperar, no hay ninguna posibilidad de construir un marco social estable, de generar una comunidad con sentido. A toda esta situación explosiva de por sí hay que agregar el efecto aplastador de los asentamientos habitados por colonos israelíes extremistas imbuidos de delirios mesiánicos, que pretenden no sólo sabotear todo futuro acuerdo de paz, sino por sobre todo, “redimir la tierra de Israel” expulsando de ella a todos sus habitantes “herejes”. Los asentamientos son el *sumum* de la ocupación, su expresión más grosera y la materialización del proyecto de la ocupación que constituye el mayor obstáculo para acabar con ella. Más que un obstáculo, los asentamientos son un acto de terrorismo estatal que perpetúa la ocupación, la inmortaliza, y con ella, prolonga *ad infinitum* todo el dolor del conflicto árabe-israelí.

Sin duda, Jerusalén no es un caso único, y el presente ensayo no pretende competir con ninguna otra ciudad, pero a pesar de abundar ciudades en crisis, en Jerusalén, todos aquellos antagonismos se multiplican y adquieren una dimensión mucho más alarmante debido al peso simbólico concentrado en ella. Es en esta ciudad donde el “choque de civilizaciones” se manifiesta en toda su virulencia. Hay ciudades fragmentadas, pero hay fragmentos que no hacen ciudad (Lewkowicz y Sztulwark, 2003).

Estrategias de Resistencia palestina.

Sin duda, todas estas situaciones de riesgo dejan huellas en la identidad palestina. La vulnerabilidad de la vida cotidiana, la sombra del desplazamiento, el temor a la demolición, el terror al colono, todo esto se instala en la psiquis palestina, generando neurosis y trastornos, armando una identidad que bordea los márgenes del extremismo. Esto era de esperar, ya sabemos de Fanon, Memmi o incluso pedagogos como Freire, entre otros, que desde siempre el subordinado queda a tal punto afectado por la ocupación que sus efectos aplastantes se notan muchos años después de que el colonizador se retira.

Pero lo que más sorprende es la forma o las estrategias que el palestino ha desarrollado a fin de enfrentar este estado de riesgo. Se trata de la combinación de dos estrategias supuestamente contradictorias. Una es el repliegue a la mezquita, el último baluarte de la dignidad palestina, el único espacio en el que el palestino se siente protegido. La segunda, y más sorprendente, consiste en sacarle el

mayor provecho posible a las adversidades, actitud que deviene de un estado de resignación, de la comprensión de que el futuro no depara grandes mejoras.

De ahí la relativa adaptación a las reglas locales, bajo la suposición de que de esa forma estarán más capacitados para enfrentar los amagues israelíes, en línea con esa voz popular que indica que si no puedes abatir al enemigo, pues únete a él. La expresión más evidente de este fenómeno es la facilidad con la que ellos aprendieron a manejar la lengua hebrea, pero lo más notable de estos últimos años es la cantidad de familias que se dirigen al Ministerio de Interior a fin de obtener la ciudadanía israelí, status que les otorgaría mayor margen de seguridad que la que les brinda el estatus de residencia.

La lógica de tal actitud es impecable, pues como ciudadanos están más resguardados que como simples residentes, nadie puede anular su ciudadanía aunque residan en el extranjero, de modo que aunque el gobierno israelí decida unilateralmente sacarse de encima todo lo que está por detrás de la muralla de separación, aquellos que adquirieron ciudadanía no tienen que perder, no les retirarán el seguro social ni la asistencia médica y tendrán acceso libre a Jerusalén sin ningún tipo de limitación. Del mismo modo, palestinos con doble ciudadanía o parejas jóvenes que deciden construir sus casas fuera de los límites de la ciudad no tienen nada para perder: nadie puede sancionarlos por vivir fuera de la ciudad o mantener ciudadanía extranjera. En síntesis, la ciudadanía israelí es lo que los salva de Israel.

Esta estrategia es indudablemente legítima, pero desde una perspectiva nacional palestina acarrea serios inconvenientes. Para muchos esto es una traición a la causa palestina ya que puede ser interpretado como una forma de legitimar la ocupación israelí y, efectivamente, Israel manipula esta situación sosteniendo que los palestinos prefieren el gobierno israelí antes que al palestino. Desconocemos el número de familias que ha adquirido nacionalidad israelí durante los últimos años, pero se trata de decenas de miles, y fuentes allegadas al Ministerio saben contar que son muchos los que a pesar de haber recibido ciudadanía han dado marcha atrás en el momento en que debían pararse frente a la bandera y jurarle fidelidad al Estado de Israel. El esfuerzo emocional que conlleva adoptar la ciudadanía israelí es demasiado agudo para parte de ellos.

El concepto ocupación ha entrado en crisis

Sin embargo, y a pesar de la restauración del sistema de represión “a la vieja usanza”, el concepto “ocupación” en Jerusalén Oriental ha entrado en crisis: una nebulosa lo recubre y nos impide determinar su perímetro, delimitar sus contornos. El modelo de “ocupación moderada” se ha sedimentado y los mismos palestinos dan muestras de acomodación o resignación. Después de más de cincuenta años de dominación, la transitoriedad implícita en el término “ocupación” ha perdido sentido, haciendo sumamente difícil encuadrarla dentro de la definición clásica de “ocupación”, incluso encontrar un concepto que lo sustituya. Dicha confusión no existe, obviamente, en Cisjordania, donde la ocupación es más tangible y ningún palestino pondrá en duda que se encuentra bajo régimen militar. Pero en Jerusalén Oriental, la ocupación es más difusa. El imponente muro de separación construido en 2004, que separa a Jerusalén Oriental de los territorios palestinos de Cisjordania ha generado el espejismo de que la ocupación comienza “del otro lado de la muralla”.

Si bien es cierto que dicha confusión es producto del desconcierto y de la desorientación en la que los palestinos están sumergidos, ella tiene también motivos objetivos. En la práctica cotidiana, se hace un tanto confuso discernir entre acciones acordes a la Cuarta Convención de Ginebra, que el país ocupante tiene obligación de aplicar a fin de asegurar el bienestar de los residentes ocupados en contraposición a los procedimientos destinados, sobre todo, a fortalecer la ocupación. La distinción entre ambos órdenes es complicada, puesto que ciertas intervenciones del poder ocupante dan lugar

a dos interpretaciones simultáneas y, en parte, ambas son conjuntamente medidas legítimas de bienestar y al mismo tiempo, dispositivos de opresión.

El sistema de asistencia social en Jerusalén Oriental, por ejemplo, contribuye a aliviar la crisis económica de la población palestina, pero a la vez genera dependencia y funciona como un mecanismo de control social. La inauguración de una nueva escuela municipal es un acontecimiento positivo, pero ampliando la mirada entenderemos que ello implica la inserción de cientos de alumnos dentro del sistema escolar israelí, cuyos datos personales y familiares serán catalogados, codificados y computados, para pasar a formar parte del dispositivo de control israelí. Este modelo intrincado de control a través de acciones legítimas se manifiesta en todos los aspectos de la vida cotidiana.

Cuando el municipio exigió a las carnicerías de Jerusalén Oriental modernizar sus instalaciones a fin de mantener la mercancía con la refrigeración adecuada, al igual que lo estipulado en Israel, dicha medida pudo ser percibida como una intervención legítima de salubridad pública, pero también, y no es menos cierto, como otra de las tantas medidas de intromisión destinadas a “israelizar” la parte oriental de la ciudad e intensificar el control israelí. Cuando Israel exige al servicio de transporte público renovar la flota de vehículos, y obliga a los conductores a realizar cursos de seguridad vial, está mejorando el servicio público, pero a la vez, mandando tentáculos hacia diversas áreas de la actividad pública. Probablemente se trata de dos caras de una misma moneda. Más aún, medidas claramente opresoras pueden, en circunstancias determinadas, acarrear efectos positivos: la expropiación de tierras con el fin de construir una clínica, un colegio o pavimentar caminos será una medida justificada, a pesar de que toda confiscación de propiedades efectuada por la fuerza ocupante es, por definición, un acto de coerción.

Todo esto es confuso, pero no nos equivoquemos: los servicios que la municipalidad otorga no son “gratuitos”, pues comportan un alto precio de orden nacional y el consentimiento implícito por parte del ocupado, no anula ni merma su gravedad. En cierta medida, la trampa de la ocupación reside en que todo servicio que el Estado suministre en beneficio de la población se transforma en otro pilar del sistema opresor.

Es por ello que la “ocupación” es un fenómeno mucho más complejo que lo que una definición unidimensional puede abarcar. Debemos cuidarnos de no caer en la tentación de hablar de ella en términos binarios, polarizados, y reconocer que en determinada circunstancia, la ocupación puede también abrir oportunidades. La corriente de estudios sobre gubernamentalidad inaugurada por Michel Foucault ha influenciado colegas especializados en la cuestión palestina-israelí que, como Jan Busse (2015a, 2015b), recuerdan que así como el poder restringe ciertas opciones, cabe reconocer que también abre nuevas oportunidades, es decir, que es productor de realidades.

En la misma línea, podríamos agregar que, “incluso en regímenes crueles es factible, en ciertas circunstancias, vivir periodos de prosperidad”, como sostiene Cavalli-Sforza (2000; 6). Es más, el propio Claude Levi-Strauss escribió, que “ninguna sociedad es profundamente buena pero ninguna es absolutamente mala. Todas ofrecen ciertas ventajas a sus miembros” (2008; 440). Por ello, debemos ser muy cuidadosos a la hora de depositar toda la culpa de los problemas de Jerusalén Oriental en la “ocupación”. Parfraseando una idea en la que insiste Jan Busse (2015a, 2015b), siguiendo a Michel Foucault, a pesar de que el poder está en todo, no todo es poder; del mismo modo, debemos reconocer que si bien la ocupación está en todo, no todo es ocupación.

Esta confusión se complica más aún por el hecho de que todo estado moderno, incluyendo las democracias liberales, está plagado de atributos totalitarios, ansias de crecimiento indefinido, omnipresencia, burocracia, “gérmenes de fascismo... violencia intrínseca debajo de su paternalismo providencial” (Foucault, 2007; 218). Más aún, la ocupación comparte estructuras y procesos con otras expresiones de la vida normal, y se maneja por los mismos vectores por los cuales se mueven otras tantas expresiones de la vida cotidiana.

Los recursos que utiliza la ocupación son en muchos casos similares a los recursos usados por los regímenes democráticos. Muchos elementos represivos los encontraremos también en sistemas burocráticos modernos e incluso en gobiernos democráticos liberales. ¿Si la democracia tiene su “lado oscuro”, porque la ocupación no podría tener un “lado luminoso”? Usando conceptos de Marcuse, podríamos afirmar que si la libertad puede transformarse en un poderoso instrumento de dominación, la ocupación podría también tener una poderosa dimensión liberadora (Marcuse, 1968). Tal vez ambas dimensiones conviven en una misma cosmovisión.

Lo que complica más la confusión es el uso indiscriminado que generalmente hacemos de los términos “ocupación” y “ocupados”. Ambos conceptos, a pesar de provenir de una misma raíz etimológica, no son homólogos, al igual que, tal como Edward Said (1978) ha demostrado, “oriente” y “orientalismo” tampoco lo son. Una ocupación será siempre un fenómeno social del orden de lo represivo, una herida abierta en el corazón del pueblo subalterno, mientras que “ocupado” será siempre un sujeto social que paradójicamente podría llevar una vida relativamente holgada en un régimen de ocupación. En tanto categoría social, será siempre negativa; en tanto experiencia de vida, podría ser soportable.

En otras palabras, no podemos descartar la incómoda idea de que incluso la ocupación puede poseer su “encanto”, así como el sufrimiento puede tener una “escurridiza belleza”, utilizando una metáfora de Svetlana Alexievich (2015; 178). He aquí, por lo tanto, no sólo otro motivo de confusión, sino más aún, un dilema existencial- si en última instancia lo importante es “el sujeto”, entonces qué más da bajo qué régimen reside- se puede vivir mal en un estado democrático así como vivir bien bajo un gobierno dictatorial. El dilema radica en dónde ponemos el acento: en el ámbito político o en el investimento afectivo.

En síntesis, para concluir, cabe plantear la pregunta, ¿es la ocupación un hecho consumado? ¿Existe otra alternativa? ¿Es la ocupación algo revocable? En Jerusalén la ocupación no es una política o un apéndice: ya constituye la estructura misma de la ciudad. Al igual que el clima y el paisaje, que sus sonidos y sus silencios, la ocupación está engarzada en la ciudad, ha impregnado a sus habitantes y ya no depende de las políticas que el gobierno implemente. La ciudad como sistema, es ocupación, y ella está tan implantada que ya no es un régimen, sino la realidad misma. Si Sartre (2004) decía que el hombre está condenado a ser libre, nosotros podemos decir que Jerusalén está condenada a ser ocupación. Y el uso de la palabra “ser” no es casual porque Jerusalén ya no “está” bajo régimen de ocupación: Jerusalén ya “es” ocupación.

Pero este análisis no implica que Jerusalén es un callejón sin salida. Dicha postura sería contraproducente dado que ahí donde la gente no puede imaginarse una solución, se acaba por no pensar en ella. Es por ello que a pesar del embrollo jerosolimitano, esta presentación sostiene que a mayor complejidad se requiere mayor creatividad. Debemos reformular las relaciones entre ambas partes de la ciudad, disolver el modelo actual, desintegrarlo y reconsiderarlo. Hace falta un nuevo contrato social. Hay que volver a repensar todos los modelos habidos y por haber. Es en base a esta convicción que, tal como he mencionado al comienzo del texto, la ciudad debe ser dividida. Por cierto, después de 54 años de ocupación, la división territorial de la ciudad es casi imposible. Las dos partes de la ciudad están tan entrelazadas que es casi imposible trazar una línea clara que divida a la parte árabe de la parte israelí.

Es por ello, que el movimiento pacifista israelí ha elaborado conjuntamente con la Autoridad Palestina, un proyecto que aspira a la división “funcional” de la ciudad, que reemplace la división territorial que, como se dijo antes, ya no es viable. La división funcional propone mantener la ciudad físicamente unificada pero dividida de tal manera que la parte occidental continúe siendo capital de Israel mientras que la parte oriental se constituya en capital del estado palestino que surgirá en el futuro.

En otras palabras, dos capitales coexistirán en una misma ciudad. Jerusalén se constituirá en capital de dos naciones. Este modelo puede sonar utópico a primera instancia, pero nosotros creemos fervientemente que es factible y es lo mejor que podría sucederle a sus habitantes. Más aún, el modelo de ciudad bi-nacional podría constituirse en la fórmula de la solución óptima del conflicto palestino-israelí, o sea la creación de un estado bi-nacional unificado. Por cierto todavía estamos lejos de este modelo de convivencia, pero no me cabe duda de que tarde o temprano será una realidad. Porque, a la larga, la justicia prevalecerá.

Epílogo

“Son tiránicas las sociedades que fiscalizan, exigen, obtienen, legislan, extraen, retienen, sustraen, imponen, y fijan impuestos, que en caso de desobediencia persiguen, detienen, reprimen y encarcelan, y que además dicen no estar en condiciones de ofrecer el mínimo al ciudadano al que han desvalijado, desposeído, desvestido, desnudado. Sobre todo en materia de empleo, de mínimo vital, de decencia y de dignidad. Son esclavos los que sufren el yugo de estas sociedades y no tienen más alternativa que someterse de buen grado o por la fuerza a la autoridad indiscutible de una supuesta justicia que pone su policía, sus magistrados, cuando no su ejército, al servicio de esa vasta empresa de expropiación de los individuos en provecho de una máquina económica, social, y política desbocada, furiosa, y autófaga. Y son tiranos los que se convierten en administradores, funcionarios, preceptores o brazo armado de esta lógica perversa”. Michel Onfray (2011; 84).

Bibliografía

- Agamben, G. (1998) *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos
- Alexievich, S. (2015) *La guerra no tiene rostro de mujer*. Barcelona: Debate.
- Bollens, A. S. (2018) *Trajectories of Conflict and Peace, Jerusalem and Belfast since 1994*. Londres: Routledge.
- Borges, J. L. (1995) El otro duelo, en *El informe de Brodie*. Buenos Aires: Emecé.
- Bruner, J. (1990) *Acts of meaning*. Cambridge: Harvard University Press.
- Busse, J. (2015a) Theorizing Governance as Globalized Governmentality: The Dynamics of World-Societal Order in Palestine. *Middle East Critique*, 24(2), 161-189.
- Busse, J. (2015b) The Biopolitics of Statistics and Census in Palestine. *International Political Sociology*, 9(1), 70-89.
- Calame, J., & Charlesworth, E. (2009) *Divided cities: Belfast, Beirut, Mostar and Nicosia*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- Cavalli-Sforza, L. L. (2000) *Genes, peoples and languages*. Berkeley: University of California Press / North Point Press.
- Foucault, M. (2007) *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Freud, S. (2002 [1927]) *El porvenir de la ilusión*. Madrid: RBA.
- Harvey, D. (1973) *Social justice and the city*. Londres: Edward Arnold (Publishers).
- Harvey, D. (2008) El derecho a la ciudad. *International Journal of Urban and Regional Research*, 27(4).
- Held, D. (2007) *Modelos de democracia*. Madrid: Alianza Editorial.

- Khalidi, R. (2000) Prefacio. en K. J. Asali (Ed.), *Jerusalem in History*. Northampton: Olive Branch Press.
- Laclau, E. (2005) *La Razón Populista*. Buenos Aires y México: Fondo de Cultura Económica.
- Levi-Strauss, C. (2008) *Tristes trópicos*. Barcelona: Paidós.
- Lewkowicz, I., & Sztulwark, P. (2003) *Arquitectura Plus de Sentido*. Buenos Aires: Altamira.
- Marcuse, H. (1968) *El final de la utopía*. Barcelona: Editorial Ariel.
- Margalit, A. (1996) *The decent society*. Cambridge: Harvard University Press.
- Mignolo, W. D. (2009) Epistemic disobedience, independent thought and de-colonial freedom. *Theory, Culture & Society*, 26(7-8), 1-23.
- Morris, D. [1969] (1970) *El zoo humano*. Barcelona. Plaza y Janes. Trad. Adolfo Martín.
- Onfray, M. (2011) *Política del rebelde*. Barcelona: Anagrama.
- Park, R. E., (1999) *La ciudad y otros ensayos de ecología urbana*. Barcelona: Ediciones del Serbal.
- Renán, E. (2014) *¿Qué es una nación?* Madrid: Sequitur.
- Said, E. (1978) *Orientalism*. Nueva York: Pantheon Books.
- Sartre, J. P. (2004) *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada.
- Soja, E. W. (2008) *Postmetropolis: Estudios críticos sobre ciudades y regiones*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Zamora, A. (2011) *Formas de volver a casa*. Barcelona: Anagrama.

Cómo citar este capítulo

Margalit, M. (2023) Jerusalén sólo existe en Plural, en O. Fabani e I. Rullansky (Editores), *¿Y ahora adónde vamos? Nuevos desafíos en el Medio Oriente* (pp. 233-245). La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.